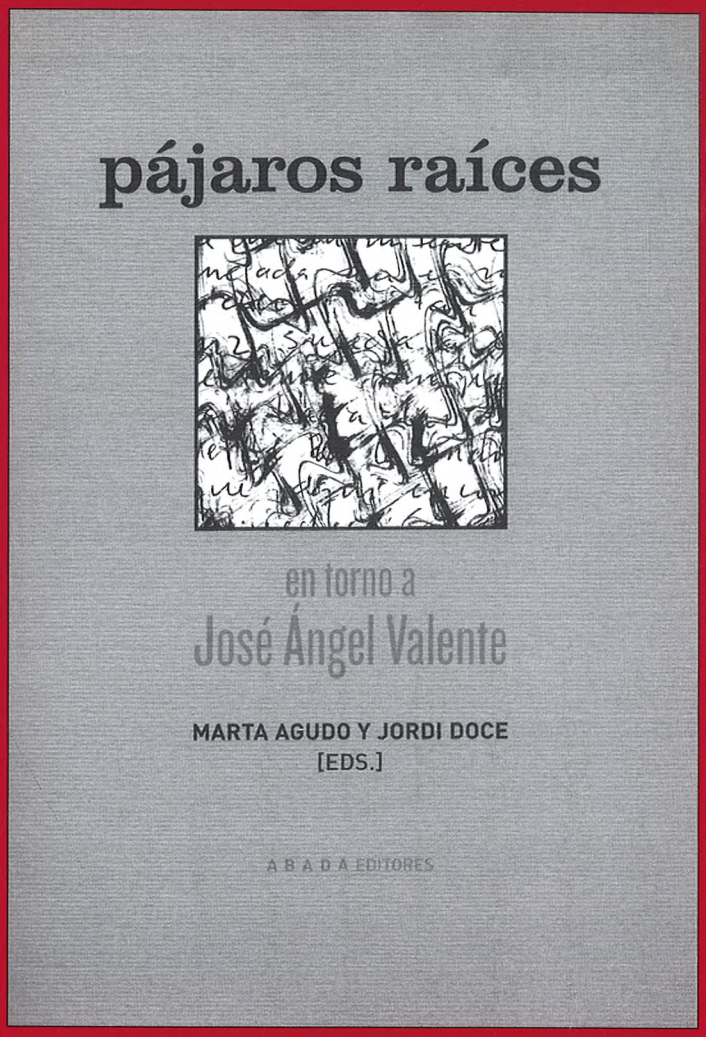

PÁJAROS RAÍCES, DESDE EL «LAGO ESCONDIDO DEL BOSQUE» (*)

Laurence Breysse-Chanet

Bajo el signo redivivo del «descenso oscuro» de los «pájaros raíces» de *Material memoria*, diez años después de la muerte de José Ángel Valente, Abada Editores nos regala un homenaje fuera de lo común, tanto con raíces como alas. Desde la ecuación valentiana, «soledad» significa «libertad esencial de la obra». Este libro forma parte de las pocas, pero intensas, materializaciones de tanta esencialidad. Río arriba, cuarenta y siete jóvenes poetas y críticos, nacidos después de 1960, expresan su deuda respecto a la palabra y al pensamiento poético de quien supo cavar ciegamente, para el futuro, un hueco donde todo vibre hacia la revelación última de la presencia. Más

(*) *Pájaros raíces en torno a José Ángel Valente*, Marta Agudo y Jordi Doce (eds.), Abada Editores, Madrid, 2010

de quinientas páginas para que, desde su diversidad, suene al unísono el claro de un bosque inconfundible y central para la poesía española[1]. Un claro hecho lago de honda profundidad subacuática. En su concertado entramado final, van reflejándose las inasibles caras de quien espera, «al otro lado de la sombra del sueño». Se alza una confluencia, un nuevo territorio que compartir con los lectores, río abajo de la escritura. A la cadena de los eslabones forjados para conferirle a la obra de Valente su sitio, en el corazón de la poesía europea contemporánea –con mirada hacia el Nuevo Mundo, si fue una revolución poética para siempre la obra del cubano José Lezama Lima para Valente, ya en 1950, en total ruptura con el contexto español –, se añade otro, de potente latido desde la variedad de sus facetas.

Pues en tiempos difíciles, por encima de polémicas y silencios, importa que en España los propios poetas y críticos jóvenes celebren con fervor y serenidad la memoria de sus poetas esenciales, mediante lugares de reunión que viajen por encima de las fronteras de toda índole. La poesía es hija de la obstinación. «Paciencia es todo», lección rilkeana. Esa lentitud que no renuncia, la vivieron ambos editores durante casi seis años. Jordi Doce y Marta Agudo lo explican en su «Introducción», todo surgió en 2004, en un encuentro en la isla de Tenerife. Dio paso a la publicación de «Conversaciones en Tenerife», en el tercer número de la revista *Piedra y cielo*, dirigida por Alejandro Krawietz y Francisco León. Había que ir más adelante. Heredero y pionero, con las manos llenas pero desde la sed incesante, el libro de 2010 se inscribe en la estela abierta por las celebraciones que ya nos regalaron los poetas y críticos epocalmente anteriores.

Se reactiva el recuerdo del *José Ángel Valente* editado por Claudio Rodríguez Fer, en 1992, el reconocimiento académico –en el mejor sentido de la palabra– que significa la publicación de un volumen en la colección faro para los investigadores sobre literatura española, El Escritor y la Crítica. Se reactiva a su vez la suma de los siete nombres fundadores de *En torno a la obra de José Ángel Valente*, los padres, Jacques Ancet, Américo Ferrari, Rosa Rossi, Andrés Sánchez Robayna, Giorgio Agamben, José Jiménez, Emilio Lledó. Palabra solitaria, palabra que convoca y reúne. Por cierto, están los trabajos de voz de solista, la de Armando López Castro, de Antonio Domínguez Rey, las numerosas, insustituibles lecturas de Andrés Sánchez Robayna, al lado de su tarea impresionante de editor de la *Poesía y prosa*, el primer volumen de las *Obras completas*, que nos acompañan desde 2006. O, para nosotros los franceses, las quince traducciones de poemarios de Valente por Jacques Ancet, quien durante veintisiete años, puso sus palabras en las de José Ángel Valente.

---

1 Me apodero de la bella expresión de Francisco León, que expresa la aspiración de la palabra valentiana a ser «lago escondido del bosque», cuando nos lleva a adentrarnos en el *espacio germinativo* de la gran poesía de nuestro tiempo, más allá de las fronteras. Ver «José Ángel Valente: dos notas», *Pájaros raíces*, *op. cit.*, p. 68.

Pero pienso más bien en las publicaciones que parecen anunciar el necesario volumen *Pájaros raíces*. Con las diez intervenciones recogidas en el número 2/3 de la revista canaria *78/79*, de *La Página*, introducido y coordinado por Jordi Doce, se dio un paso más en el bosque de «piedad y memoria». Antonio Gamoneda no deja de decirlo, «hay que valorar –y querer– a Valente»[2]. Desde la misma Universidad de Santiago de Compostela, en 2010, brota *Presencia de José Ángel Valente*, de subtítulo esclarecedor: «Jóvenes poetas y críticos ante la obra de José Ángel Valente». Quince autores, introducidos por el mismo Andrés Sánchez Robayna. Si en la poesía, como dijo de modo definitivo Mandelstam, siempre hay guerra, siendo yo observadora externa –no sé si extraña por extranjera, pero sí atenta–, veo que José Ángel Valente dejó, desde su nada positiva, herencia. Y veo que los hijos no matan a los padres. Al contrario, por el lago del bosque hermanado con el desierto, del que surgen todas las revelaciones, se dicen las filiaciones hondas. *En torno a José Ángel Valente* no es sólo un subtítulo a *Pájaros raíces*: es la leyenda del mapa que el lector tiene entre las manos, un mapa con latido, donde tienen, más que patria, lugar, las islas invitadas por Jordi Doce y Marta Agudo, para la celebración libremente compuesta de una herencia, donde *arde lo que ha ardido*.

Los editores no nos quieren defraudar, insisten en el lado «poliédrico» del conjunto. Pero cuánta unicidad viva, al acabar la lectura. El movimiento es ternario. Al lector le tocará imantarse según sus intereses. Lecturas temperamentales los veinte «Apuntes» y los diecisiete «Poemas». Me parece inexcusable seguir a Marta Agudo por su «Arduo sobrevivir a lo vivido», un ataque que musicalmente ya da el tono, la honda empatía desde la lucidez reflexiva más nítida. A su vez, Marcos Canteli explora aquel tono de Valente, camino de la «lírica negativa» que abre campo al deber de la modernidad, tan recordado por Yves Bonnefoy, *faire le négatif*. La tarea va misteriosamente cifrada por la imagen-semilla liminar, la del «desierto», en el poema umbral del templo valentiano, donde más adelante se ha de convocar en plena hermandad a José Lezama Lima, desde el «centro germinativo» de su palabra: «Valente sabe y precisa lo que es la verdadera comunicación, el silencio que entreabre la almendra de una blancura presente por ausente, el silencio que se articula y ofrece», según el homenaje del propio Maestro Cantor[3]. Los «Apuntes» brotan y rebotan, las *notas* se repercuten como ecos de las «Notas de un simulador». Rafael-José Díaz recuerda que existe en Valente un sistema poético, como existe en Novalis, Mallarmé, Lezama Lima. La reflexión sobre la *impresencia*

---

2 Antonio Gamoneda, «Valente: de la contemplación de la muerte», *Cuadernos hispanoamericanos*, n°600, 2000, p. 9.

3 José Lezama Lima, «José Ángel Valente: un poeta que camina su propia circunstancia», *Quimera*, n°39-40, julio-agosto 1984, p. 90.

sabe por su intensidad hacer sentir la «resurrección espectral» que atraviesa la obra riesgosa de Valente, entre presencia pura *y* amenaza de abolición radical.

Son muchos los puentes que, de modo retrospectivo, el lector puede lanzar entre los «Apuntes» y el otro *tempo*, más extenso, de la lectura. No cabe duda de que se trata de registros distintos, pero sólo hay una partitura, las tres modalidades se internan por el misterio de la «extrema interioridad», desde o hacia «La cicatriz oscura / que va abriendo sus alas / en una danza / ocre y azul.»[4] Quizá el inencontrable color del pájaro solitario. Celebro la desaparición del número de páginas en la sección dedicada a los diecisiete poemas, cuando el libro se hace espacio sinóptico más allá de lo discursivo, para la revelación del propio «conocimiento presentacional» tan anhelado por Valente, aquel momento irrepetible en que se da la revelación de la obra, en su aprehensión global e intuitiva, por encima de lo discursivo.

Teselas de un mismo mosaico –lema valentiano, lema de los «Apuntes»–, éstos son fragmentos, de algún modo semejante a los del mundo de Valente, unidades de sentido que brillan, relámpago y destello. Con dinámica de espiral, cada texto breve cava más hacia la «materia enmemoriada», «cóncava hacia dentro»[5]. Llevan al homenaje más personalmente comprometido de Ada Salas desde las «hondas afinidades del espíritu», en la línea de lo absoluto de la amistad en poesía, la que sin duda vivieron y siguen viviendo Jacques Ancet o Andrés Sánchez Robayna: la experiencia poética como «la aventura extrema del lenguaje y el pensamiento». Circuitos oscuros y lúcidos, el lector agradece la inclusión de homenajes como el de Vicente Valero –la celebración de las «hondas raíces europeas» del postvanguardismo de Valente– en Sevilla, en 2004. Exploraciones concientes de la necesidad de una «nueva crítica», para que se lean los textos por encima de todas las polémicas desde la «tradición del malhumorismo» –no sé si sólo «hispánico»[6]. Hincapié se hace en la importancia de las revistas en la vida creadora de Valente, como la magnífica *Sibila*[7]. Las reseñas de Eduardo Moga –a *La memoria y los signos* y *Fragmentos de un libro futuro*–, las de Antonio Ortega a continuación, sobre el poemario póstumo y la antología *Anatomía de la palabra*, dan prueba de la libertad que supo inventar la propia palabra de Valente, en su energía transgresiva y creadora de orígenes después de la propia vida. Así, la reseña de Jaime Priede a los ensayos de *La experiencia abisal*; otras tantas páginas que convergen hacia el «poeta imprescindible».

---

4 Poema de Raúl Quinto, *Pájaros raíces*, *op. cit.*

5 *Ibid.*, p. 26.

6 Diego Doncel, *ibid.* , p.47.

7 *Ibid.*, p. 91.

No me resulta posible insistir aquí lo suficiente en la parte dedicada a los ensayos extensos. Pero sí señalo que hacen de *Pájaros raíces* un libro asimismo imprescindible en las bibliografías sobre Valente, aún más allá de la intensa circulación de nombres ya mencionados, los de un mapa afín en la poesía española de hoy. Desde *Cuaderno de versiones*, Jordi Doce indaga con precisión y finura en la vertiente traductora de la escritura de Valente, pues él siempre hizo versiones desde su propio «centro imantado», como lo evidencia el análisis de su relación con los poemas de Donne y Hopkins. También de obligada lectura son las páginas sobre el trato de Valente con la obra de Celan, influencia conocida, pero a la que Alejandro Krawietz confiere nuevo relieve con un análisis de las dos vertientes del libro *Lectura de Paul Celan: fragmentos*. Una toma de posesión violenta, el gesto sin duda máximo de la lectura escrita que es toda traducción poética. Los analistas atentos a la evolución del trato de la materia en Valente leerán el apasionante itinerario cultural que José Antonio Llera traza entre «El cántaro» y «Cerámica», atento a un verbo que «se pulveriza, comba, retuerce», en la dicción de una experiencia que «acontece en los límites del lenguaje». ¿Qué añadir tras leer el trabajo de José Manuel Cuenta Abad sobre la prosopopeya como «figura matricial de la lírica», figura de «una voz que habla y hace hablar a lo que no tiene voz»? Proyecta una nueva luz, definitiva, sobre el alcance poetológico de la «material memoria», cuyos fines últimos remiten al *mythos* matricial del «lenguaje de duelo». Del mismo modo, de indispensable consulta me parece ser el ensayo titulado «El testamento de John Donne» por Julián Jiménez Herffernan. Pues sí, «la fiebre sigue, la tenemos o nos tiene».

Páginas raíces abrieron las alas, nos queda por seguir una guía donde late, preso de «la esperanza de Eneas», el cuadro titulado *Valente* por Juan Muñoz, pintado en 1995. Una sombra, sentada en un banco, mira oblicuamente hacia el horizonte, hacia lo desconocido. Así también el lector de Valente. Leerle, nos lo dicen los «pájaros raíces», es penetrar más adentro en la espesura que ofrece una palabra que arraigó lentamente en la otra materia, la que se alcanza tras viajar horizontalmente por la memoria personal y colectiva, en la verticalidad de la materia misma del verbo. En el poema encarna un milagro incomprensible, el de la «hostia envenenada» de la poesía moderna, cuando, como dice Octavio Paz, «esta ceremonia en las tinieblas también es una búsqueda del manantial perdido, el agua del origen»[8]. Desde las aguas quemantes, Augasquentes de un siempre revelado en el límite extremo de la finitud, el testamento de José Ángel Valente ha sido una donación útil: los «fragmentos rotos» se reflejan y revelan, tienen *asidero en tanta sombra*.

---

8 Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1987, p. 91-92.